

Disculpen mi falta de ignorancia

Gilberto Urrutia

Esa expresión que he utilizado como título, es una genial creación del gran cómico mexicano Mario Moreno, quién personificó en sus películas al famoso Cantinflas, un personaje que se caracterizaba por una forma de hablar tan bien elaborada y tan embrollada que la gente quedaban bien impresionadas de él, pero sin comprender efectivamente lo que les había dicho.

Todos sabemos, que la ignorancia se define como la falta de conocimiento o el desconocimiento acerca de una materia dada.

Pues bien, en el universo conocido hasta ahora, del cual nosotros los humanos también formamos parte, existe una infinidad de materias tan numerosa, que una persona por más inteligente y capaz que sea, y por más que se dedique en forma exclusiva al estudio y a adquirir conocimientos sin cesar, su reducido tiempo de vida terrenal, solamente le permitirá conocer apenas una minúscula fracción del total de materias, y su conocimiento será todavía en el mejor de los casos, muy superficial. Así será de inmenso el campo universal de los conocimientos hoy en día.

Cuando Sócrates llegó a decir su famoso adagio „*Sólo sé que no sé nada*“, en un diálogo de Platón, no se refería a que él fuese ignorante sino que imaginándose todo lo que desconocía, o mejor dicho, aceptando que su ignorancia era muy grande, él daba a entender así que no sabía nada, reconociendo humildemente sus propias limitaciones como ser humano. Ese pequeño gran detalle es una evidencia poco conocida, de la grandeza de su genio como gran pensador y filósofo que fue.

Es un hecho sumamente curioso y al mismo tiempo muy instructivo, que me ha llamado la atención desde hace muchos años, el que un gran número de las llamadas grandes y prominentes personalidades de la historia moderna hayan afirmado no creer en la existencia de Dios, y que por lo tanto, se consideraron ateos.

Entre esos ateos célebres se encuentran: Sigmund Freud, Carlos Marx, Simone de Beauvoir, Ernest Hemmingway (premio nobel de literatura), John Lennon, José Samarago (premio nobel de literatura), Friederich Nietzsche, George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Michel Foucault, Albert Camus (premio Nobel de literatura), Woody Allen, Fidel Castro, Stephen Hawking y muchos otros más.

Según mi opinión, cualquier ser humano que afirme y crea que Dios como ser espiritual y creador del Universo no existe, no es sino una víctima más de la conocida tragedia humana: el exceso de vanidad, orgullo y engreimiento. Y contra esa debilidad humana no es nadie inmune, y mucho menos aquellas personas prominentes que se han destacado en algo, y que por lo tanto, han logrado sobresalir en la historia de la humanidad.

Si el orgullo y la vanidad son defectos tan humanos, que se dan instintivamente en todos los hombres y mujeres sin distinción de clase social o grado de educación, es entonces lógico y normal esperar, que justamente las personalidades famosas, se sientan más abrumados aún por el orgullo y la vanagloria, y con mayor intensidad y persistencia, que una persona común.

No hace falta tener un título de profesor de psicología, para saber que los grandes y famosos durante su vida colmada de honores y reconocimientos, sintieron con más fuerza y tenacidad la tentación de sentirse orgullosos, que cualquier otro individuo corriente, y que en consecuencia, debieron enfrentar una lucha interior muy dura contra el orgullo y la vanidad, para no dejarse dominar por ellos.

Y me temo que muchos de esos personajes, no lograron mantener a raya su vanagloria, y se dejaron influenciar en su entendimiento y en su conciencia por el

engreimiento, para terminar considerándose seres superiores dotados de un talento sobrenatural y creerse finalmente casi dioses.

Éste fenómeno humano es tan común, que se conoce como: endiosamiento.

Entre los médicos y cirujanos modernos ese fenómeno es tan frecuente, que en algunos países se refieren a ese gremio en tono burlesco, como los “semidioses vestidos de blanco”.

Por esa razón a mi ya no me extraña más el hecho, de que algunos célebres y famosos se consideren ateos y no crean en Dios, ni en las realidades espirituales.

No creyeron antes, ni creen ahora todos aquellos seres humanos carcomidos interiormente por el exceso de orgullo y vanidad, estado del alma ése, que les impide acercarse a Dios Todopoderoso y les imposibilita conocer y experimentar el mundo espiritual que nos rodea y la maravillosa esperanza viva del Reino de los Cielos.

De acuerdo a la definición de la ignorancia, todas aquellas personas que tengan una falta total de conocimientos acerca de una materia dada, son por lo tanto, unos ignorantes en esa materia.

Los ateos, que por propia voluntad, se han abstenido de creer y de desear conocer a Dios y a su Santa Palabra, son desde el punto de vista de los conocimientos, unos grandes ignorantes, y desde el punto de vista de no querer aceptar y reconocer ni siquiera sus propias debilidades innatas, ni tampoco sus limitaciones naturales como seres humanos mortales, son también unos grandes estúpidos.

El gran científico alemán Albert Einstein, sabiendo inteligentemente aceptar y reconocer sus propias debilidades y limitaciones como ser humano, escribió el siguiente adagio: *“Solo hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. De la primera no estoy tan seguro.”*

Si la estupidez en el ser humano, es una más de las tantas debilidades naturales que TODOS sin excepción poseemos, no nos debe sorprender en absoluto, que todos los ateos célebres y famosos de la historia de la humanidad, como seres humanos que eran, y haciéndole honor a su condición, hayan sido también unos grandes ignorantes y estúpidos.

Anthony Melo un sacerdote jesuíta de origen hindú, se dedicó muchos años a dar charlas y cursos sobre espiritualidad cristiana en todo el mundo, e hizo un gran esfuerzo en tratar de despertar las conciencias de muchos creyentes cristianos, que se reconocen como cristianos, pero que no experimentan con plena conciencia su fe.

En uno de sus cursos que están colocados en internet, comentaba Melo que a él le hubiera gustado escribir un libro que llevara como título: *yo soy estúpido, tú eres estúpido*; porque él estaba convencido, de que al aceptar una esa verdad universal indiscutible, uno podría dejar de indignarse tanto y de sentirse molesto, cuando alguien en nuestra presencia cometiese una tontería, al decirse uno para sus adentros: no se puede esperar otra cosa de un estúpido.

A mi ésta recomendación práctica del señor Melo, me ha ayudado de veras a no sorprenderme tanto ni de las estupideces mías, ni las de los demás.

Yo por mi cuenta les recomendaría, en el caso de que alguno de ustedes se encontrara con una persona atea en una próxima ocasión, y les reprochara su fe y el ser ingenuos, crédulos, humildes, sumisos y amorosos con Dios nuestro Padre Celestial, le digan como respuesta: disculpa mi falta de ignorancia!